

cursión indagatoria: había pasado con exceso su confin de no meterse nunca en las cuestiones religiosas, para no perturbar su quietud ni la de nadie. Por otra parte, ¿qué podían aprovechar semejantes discursos? Miraba las ceremonias católicas con absoluta indiferencia, como un mero estudio histórico é instructivo, con el propio interés con que hubiera contemplado en Constantinopla las danzas, y las costumbres morunas de los *dervís* (1) mahometanos. El corazón continuaba tan firme, que le parecía inútil investigar las opiniones ajenas, contrarias á la verdad que poseía. El único resultado real para la *pietista* petrificada, fué sentir disiparse algo la desconfianza que la hizo sospechar de Julia. Imposible ya desconocer que había de habérselas con una *papista* supersticiosa en grado superlativo, mas de ánimo recto y de buena fe. Fué su primer paso hacia la amistad, que no podía hallarse lejos.

¿Y quién podía predecir la cadena de los sucesos futuros, dependientes de dicho primer eslabón?

(1) Nombre de ciertos religiosos que viven juntos bajo la dirección de un superior. En cada monasterio suele haber treinta ó cuarenta. (Nota del traductor.)

III.

MUTUA CONFIANZA.

Un corazón bien formado, no envuelto en los pliegues de la voluntaria perversión ó de las costumbres viciosas, con dificultad resiste al encanto inocente de la virtud; forzoso es que se rinda á su noble y delicada violencia. Mistress Needle, tratando á los del conde de los Laureles, tenía ocasión diariamente casi de conocer á no pocas personas, y sobre todo á damas distinguidas. Como su carácter noble y apacible servíala de carta de recomendación, y además daba de ella testimonio espléndido la misma familiaridad de la casa, no tardaron á franquearle la puerta muchas familias nobles, cosa para ella, sin amigas en Nápoles, sobre toda ponderación agradable. Julia, por otra parte, no vaciló un

momento en invitarla á ciertas reuniones para obras de beneficencia, en que hacía de secretaria, ó cosa semejante, por lo cual la señora Needle se creía sumamente honrada.

Un nuevo mundo inexplorado, incógnito é increíble, abríase á sus ojos. Ante todo, le maravillaba ver la gran facilidad con que se confundían en las juntas indicadas *la nobility*, la *gentry* y el *common people*: veía, por ejemplo, hermanas de la caridad acogidas y tratadas íntimamente por princesas, uniéndose en fraternal consejo para proponer los medios de subvenir á éste ó aquel pobre, á ésta ó aquella familia, con tan vivo y sincero amor, que la extranjera casi no podía creer en sus ojos y en sus oídos. Crecía su estupor al ver la multitud de ropa blanca, de mantas y de vestidos que se distribuían gratis, juntamente con muchos bonos de pan, de carne y de medicinas: lo que la maravillaba más era saber que gran parte de aquellas ropas salían de las manos de las mismas señoras que se presentaban en las juntas, ó de sus hijas. Parecíale también descubrir algo verdaderamente caritativo en las relaciones de las hermanas visitadoras, cuyo oficio no había sospechado nunca que pudie-

ra existir.—¡Cómo! preguntábase á sí misma: ¿és posible que estos benignos rostros maternos puedan sufrir las odiosas costumbres del mendigo, y que estas gentiles manos enguantadas acaricien á los enfermos, á los heridos, á los gangrenosos? ¡Dios mío! Noto que mi corazón se revuelve sólo al pensarlo. . . Un insecto cualquiera que viese cerca de mí. . . —

Mistress Needle daba un salto de horror, y sentía ganas de vomitar.

Como un pensamiento trae otro, volvían á su espíritu las desconsoladoras desventuras de los pobres de su patria, y los desapiadados hospitales, en que son escondidos, por decirlo así, los enfermos, para librar de su vista al poderoso y al feliz, pensándose poco en aliviar sus necesidades; volvían á su mente las públicas acusaciones contra ciertas casas de beneficencia, donde perecen á centenares niños en mantillas, continuamente abandonados por la habitual negligencia de la administración; las *workhouses* famosas, de fama pésima, impenetrables á las miradas del público, y parecidas á las galeras, dentro de las que los pobres, más que para el trabajo, son recibidos para la tortura; y, en fin, la cruel limosna que se arroja de lejos á los infeli-

ces, como á los perros rabiosos, con infinitas precauciones para no verles, y sobre todo para no tocarles de cerca. Aquí, por el contrario, mistres Needle descubría con sus ojos el amor que aquellas piadosas mujeres profesaban á sus semejantes, sintiendo casi las palpitaciones de sus corazones generosos y compasivos: sin quererlo y sin advertirlo, volvía á su casa del brazo de Julia, con el espíritu perfumado por la más pura caridad evangélica y alegre por haber contribuido grandemente con su óbolo á la colecta con que terminara la reunión.

Sobre todas las demás, una circunstancia le parecía abstrusa é inexplicable: saber cómo, siendo protestante, y reconocida tal, por la sencilla recomendación de una jóven la dispensaban acogida tan cordial aquellas santurronas y severas papistas.—Porque papistas son, decía, cuantas allí entran; todos sus discursos están llenos de supersticiones, y el fanatismo brota de sus actos. . .Paréceles que han conseguido una victoria cuando han logrado poner en el cuello de un moribundo una medalla de la Virgen. . .Empero, no se avergüenzan absolutamente nada de mi presencia; todo lo contrario, hablan de ella,

les entretienen y casi les complace. Verdaderamente precisa confesar que su persuasión religiosa tiene su raíz en el fondo del alma, y que viven inquebrantables en ella, sin la menor duda: de otra suerte, ¿cómo admitir con tal vanagloria en sus arcanos misterios á una extranjera por su nación y su fe? ¿Cuándo una sociedad de señoras de mi comunión dejaría penetrar á una papista en sus interioridades religiosas?—

No vislumbraba mistres Needle que la cándida paloma Julia iba preparando una trama sutil y tejiendo á su alrededor las mallas de una red noble, pero eficaz para después envolverla. ¡Ay si la severa pietista lo hubiese traslucido de algún modo! Se hubiera esdandalizado y hubiese salido incontinenti. Porque la pía joven, con el ojo penetrante de una napolitana, y con su perspicaz ingenio, habia comprendido pronto que la inglesa no podia tener más bondad. Realmente habíala visto correr los domingos en busca de la capilla de los protestantes, dedicándose luego todo el día á la lectura de su pobre Biblia mutilada, que hacia leer á sus hijas hasta la saciedad; sabía que era vigilante contra la menor trasgresión del festivo descanso, hasta el punto de no querer absolutamente, sólo por

este motivo de conciencia, intervenir en las reuniones familiares del conde de los Laureles, donde tocábase algún wals en el piano. Creía por ello Julia que la Needle casi sólo era protestante de hecho, pareciéndole increíble en su virtud que un alma tan virtuosa naturalmente, resistiera muchísimo la gracia de Dios, cuando un rayo de claridad celestial hiriera su espíritu. Proponíase abrir la vía para él, descubriendo el Catolicismo por el lado más á propósito para producir impresiones suaves en su corazón. A fin de que pudiera ver y saborear las dulzuras de las virtudes católicas, recomendábala á sus conocidas, ya de viva voz, ya mediante un billetito: "Pongo en vuestras manos, solía escribir, á una señora protestante, de alma muy hermosa, pero extraviada, por desventura, por los errores: su corazón está dispuesto espontáneamente á lo bueno, y es muy amorosa madre de sus hijas; una paloma sin hiel; tratadla con todas las consideraciones que juzgueis más oportunas para quitar de su cabeza que somos las hijas del Anticristo, sin ofender su buena fe con importunas conversaciones religiosas. Me dice el angelito que más y mejor se le hablará con buenos tratos que con lindos

discursos." Julia era comprendida y secundada.

A fin de conseguir más seguramente su intento, daba largos rodeos, por haberse apercebido muy pronto de que la señora sufría mal que le hablasen de materias espirituales. En su virtud, procuraba ganar su afecto con mil actos de amoroso servicio y de leal amistad. Procediendo así, Julia no había de simular la menor cosa ni de hacerse violencia, por haber simpatizado naturalmente con la señora Ana. Pasaba gustosamente las horas haciéndole compañía, ora conversando sobre los asuntos corrientes, ora entreteniendo con cualquier diversión á las tiernas angelitas Clara y Clemencia, que, frecuentemente metidas en su cuarto, se fastidiaban por la permanencia en Nápoles tanto como su madre se divertía. Uno de los pianos que adornaban la habitación del conde de los Laureles, fué gentilmente prestado á la señora Needle; Julia, como por pasatiempo, se entretenía en recordar alguna pieza, y tocaba cualquiera de las muy vivaces fantasías del pueblo napolitano, que no poco electrizaran el espíritu siempre uniforme de la matrona inglesa. Hizo aproximar también al teclado á las dos jovencitas, y en poco

tiempo consiguió tanto, que con sus dedos pudieron sacar algún acorde; la mayor aprendió además alguna cancioncita por su buen oído, con júbilo extraordinario de su madre.

Impresionada mistress Ana por tales cortesías perennes, sintiéndose amada por Julia con sincero y desinteresado amor, veía colmado en parte el vacío que á su alrededor contristaba su existencia. Le parecía que se hallaba mal dejando de ver á Julia: si la joven no subía, bajaba pronto á buscarla ó mandábale (demostración de absoluta confianza) á sus hijas, á fin de que pasasen un buen rato en su estancia. En el mes último que permaneció en Nápoles, la familiaridad con la hija del conde de los Laureles llegó á tal punto, que no sabía separarse de ella; quería la junto á sí en el coche para el paseo diario, en sus visitas, en los museos y en las salidas agradables por los alrededores. Ni el padre de Julia tenía dificultad en permitir que su hija tratase íntimamente á la protestante, hallándose seguro, por una parte, de la reserva de la Needle sobre religión, y segurísimo, por otra, de la firmeza de Julia, más capaz de convertir á otros que de ser por otros sorprendida. En dichas expediciones agrada-

bles era Julia el alma y la vida de las forasteras: designaba las vistas más deliciosas, nombraba los castillos, las aldeas, los sitios de los alrededores, refería la historia de los lugares ó de sus ruinas, y con frecuencia se bromeaba en inglés sobre la erudición extravagante que ponían de manifiesto, con la seriedad más cómica, los *ciceroni* de oficio. Alguna vez sucedía que una de las mil escenas de aquellos sitios hechiceros hería la imaginación de la viajera; Julia sacaba entonces un *ábum*, sentábase sobre una roca, y á los ojos de la Needle lo bosquejaba en lápiz rápidamente, con toques ligeros y seguros, regalándoselo después. Muchas veces el conde de los Laureles invitó á la dama, ya más bien huésped que inquilina, á una posesión suya poco distante del puente de la Magdalena. Allí encontraba refrescos y helados, así como para las niñas una merienda de frutas y un surtido abundante de naranjas, de *mandarinas* y de limoncitos, con las que hacía las ir después cargadas y alegres.

En tales días Julia procuraba con el mayor afán que se divirtiesen las muchachas de su amiga; jugaba con ellas al volante, al aro y á la carrera, como si fuese de su

misma edad; procuraba que al jugar su hermanita y su hermanito se acomodaran á los gustos de las forasteras, é hicieran la diversión sumamente agradable. ¿Cogían ellas una flor? Las enseñaba á ponerla en una cajita de herbolario para su conservación. ¿Enamorábanse de una piedrecita brillante? La ponía pronto aparte, con el fin de llevarla después á casa. ¿Cazaban con la red una mariposa? Julia la cogía delicadamente, sin sacudir las perlas de sus alas, y la sujetaba con un alfiler sobre un árbol. La provisión hecha en todo el día proporcionaba nueva diversión en el siguiente. Julia ponía en orden pacientemente las plantas cogidas; quitaba sus partes inútiles, las extendía sobre papel de manera que las hojas de los tallos y los pétalos de las corolas consevasen su propia posición, y las colocaba entre cuadernillos de papel, poniéndolas luego bajo la prensa: comparaba las piedras con las de su propia colección mineralógica; cogía también las alas de las mariposas con las puntas de las tijeras, fijándolas de varios modos en papel engomado, y disponiendo, no sólo sus partes superiores, sino las de debajo, no sin que dejara sitio en medio á fin de imitar con sus pinceles el cuerpo del

animal. En cada nueva cosa escribía debajo el nombre científico, juntamente con el vulgar italiano, añadiendo, si la sabía, la palabra inglesa. Así fué haciendo dos *álbums* y arreglando algunas chucherías á las que puso el nombre pomposo de *Historia natural de Nápoles*.

Las hijas de mistress Needle experimentaban un placer extraordinario; á poco que Julia dejase hacer, no le daban paz ni tregua: tanto se habían enamorado de la joven y de las cien diversiones que inventaba. Hallábanse todo el día en las faldas de la madre pidiéndola que las dejase ir á ver á miss Julia, y disputaban á fin de que la invitase al paseo; asediábanla luego á preguntas cuando subía para verlas. La buena madre, lejos de tener celos ó de reprimirlas por sus importunidades, las animaba con el ejemplo, porque su afección á Julia se aumentaba el doble, por descubrirla tan inclinada y cariñosa con sus amadísimas, que, juntamente con su primogénito John (había este quedado en su patria en un colegio), formaba los únicos dulces vínculos de su corazón. Parecíale ser doblemente amada en sí y en sus hijas.

A veces maravillábase de sí propia, y

casi se reprochaba.—¿Como puede ser esto? decía. Yo, que nunca he podido sentir estimación ni tratar benévola-mente á una papista, ¿me abandono ahora por completo á Julia. .?Y sin embargo, no hay nada que decir; se sabe hacer amar por fuerza: siento que la estimo como si fuese una hermana ó una hija. Pero conviene decirlo: no es cual las otras, sino una excepción, una rara excepción entre las que piensan del mismo modo. ¿Ha dejado escapar nunca de sus labios una sola sola palabra ó alusión remota desfavorable por algún concepto á mis ideas religiosas? Nunca, nunca. Si por inadvertencia le digo algo de las tuyas, se pone á teologar sobre sus creencias con más firmeza y facundia que lo hace mi ministro cuando le consulto sobre los treinta y nueve artículos. .Y no hay que decir que se quiere poner en buen lugar por hipocresía. ¡Oh! habla con el corazón en la mano: está penetrada y convencida de lo que dice; ¡pobre! Es inquebrantable en sus locuras, como si fueran realidades que palpara con sus manos. ¡Qué pecado! No tiene otro defecto que ser papista endiablada. .no, buena; enemiga de ofender y de disputar, así como de sentir mal de nadie ¡Ah, si fuese de mi comunión!

De tal suerte se estrechó, por último, la familiaridad de las dos amigas, que habiendo llegado para ella la estación de volver á su patria, retardó dos semanas la salida de Nápoles, sólo para gozar más largamente de la conversación de Julia. Ofreció repetidas veces á su padre llevarla consigo algunos meses para ver á Londres, y pasar el estío en su quinta del Parque verde.—Allí, decía una vez al conde de los Laureles, adquirirá vuestra hija un poco de mundo; verá ciudades, países y costumbres diferentes de las italianas: esto ensancha los horizontes de la mente, destruye las preocupaciones con que nacemos, y nos libra de las estrechuras del espíritu. Creedme: es el complemento mejor que podeis darla, de su buena educación. Mientras se perfecciona en el inglés, mis pequeñas aprenderán un poco de italiano y un poco de música. . . Sola estoy en mi casa, con mis hijas; consideraré á vuestra Julia como si la hubiese llevado en el seno, y estará como una joya en su estuche.

—No lo dudo. dijo el conde interrumpiéndola.

—Nos proporcionará la mas dulce y agradable compañía del mundo, hasta que vos, conde, ireis á buscarla en el oto-

ño, para volver á casa con vuestra joya.

—Demasiadamente quereis obligarme, señora, respondió el conde. Si pudiese yo alejar de mí á Julia, creed que á nadie la confiaría más tranquilamente. Pero ¿qué quereis? comienzo á ser un poco viejo, y esta niña es mi sostén, mi alegría y mi descanso; me rejuvenezco cuando estoy en paseo con mi mujer á un lado y Julia en el otro: paréceme que la gente me mira con envidia. Es una debilidad, lo comprendo: ¿qué se ha de hacer? Me sabría mal privarme yo espontáneamente de mi consuelo mientras me lo guarda Dios.

—Más se trata de pocos meses, y después...

—Vamos, replicó el conde; transigiremos. No estoy distante de hacer este año una expedición con Julia por el otro lado de los Alpes, ó por el Rhin, ó por Francia, y entónces...

—Entónces, añadió misstres Ana, de todas maneras y á todo trance, debéis pasar un mes en Northumberland, donde tengo algunas tierras, una quinta ó castillito, como queráis llamarle, que es la mansión de la paz y del fresco. Sí, sí; es un asunto estipulado y concluido. ¿Lo puedo decir á Julia?

—Haced lo que os plazca: está bien, no sobreviniendo, se entiende, alguna cosa que mude mis condiciones: un impedimento podría siempre...

—¿Qué impedimento? No admito impedimentos posibles, y me prometo desde ahora esta fortuna inmejorable. Mi querida Julia me participará vuestros viajes, á fin de hacer ir un hombre de confianza á la estación de Londres. Permanecemos allí dos días ó una semana para ver la capital, y después tomamos el camino de hierro de Newcastle, llegando en un día sólo á la quinta del Parque verde: si les dejo huir de allí antes de que concluya el estío, será mía la responsabilidad.

—Bueno, ya que lo quereis, os doy casi mi palabra; pero de la semana y del mes de permanencia hablaremos en el lugar.

—Pues convenido: aun espero, dejando el protocolo sin cerrar, conseguir capítulos más favorables.—

Mistress Needle, con esta victoria conseguida, fué á congratularse con Julia. Le dijo una porción de cosas amables y atractivas, que salían de su corazón.—Oye, añadió con gozo que rebosaba y con maternal ternura, oye, Julia mía: yo recibo

poca gente en el Parque verde; pero aunque fuese lo contrario, no sabría imaginar visita más amada que la tuya. Allí conocerás á toda mi familia, incluso al pequeño John, que está educándose. El día en que llegues al Parque verde, me parecerá ver de pronto este cielo azul de Nápoles, que tanto ha contribuido este invierno á la salud de mis hijas. ¡Qué fiestas te harán Clara y Clemencia!—

Grandemente ansiaba Julia realizar el viaje, ya por el natural deseo de novedades que tienen las jóvenes, ya por el ansiado placer de abrazar de nuevo á su amiga y á sus hijas, reanudando fuertemente una amistad de la cual prometíase nada menos que conquistar toda una familia para la verdadera religión. Aun se atrevió á exponer una dificultad:—Mistress Ana, dijo, iré como á bodas, si mi padre me lleva: ¡figúrese! Para volverla yo á ver, y á sus amadas angelitas, iría sin dificultad á pie, ó volaría, si tuviese alas; pero...

—Pero ¿qué? ¿Qué *pero* puede haber?

—Uno pequeño... ignoro cómo lo tomaría, si se lo dijese.

Dilo, dilo de seguida: quitaré yo de delante todos los *pero* posibles é imposibles.

—Pienso, dijo Julia un poco vacilante, cómo lo haré para ir á misa.

—¡Qué! respondió con fuerza la señora; el condado de Northumberland está más lleno de católicos que ningún otro país de Inglaterra. Hay iglesias y capillas católicas casi en todas partes. Está mi castillo á dos horas de Newcastle, pudiéndose volver dos veces en un mismo día; allá podrás ir á la misa, á la cena, y al sermón. También tendrás en mi casa todas las comodidades para las abstinencias de tu religión, para los ayunos y para todo: ordenarás tú propia tu desayuno á mi Zipporah. Sólo me desplace ver á una buena muchacha, cuya conciencia no tiene de qué reprocharse, entristecerse con los ayunos, enflaquecer y desmejorar.

—No tema por esto; no me obligan los ayunos.

—¡Oh! ¿Por qué? ¿Ha exceptuado por ventura el Pontífice á las muchachas bonitas?

—¡Precisamente! respondió Julia sonriendo; y exceptúa también á las no graciosas hasta los veintiún años.

—Tanto mejor: estoy en este punto de acuerdo con el Papa. Por lo demás, sabes que respeto sinceramente las opiniones de

todos, aunque sean turcos ó paganos: mucho más procuraré contentarte en cosa tan indiferente como es sustituir un pedazo de salmón á una costilla de liebre. No temas, hija mía; descansarás en mi casa de campo como una paloma en su nido.—

Al decir esto, Clara y Clemencia, concluidas sus tareas escolares, llegaban saltando y divirtiéndose para saludar á su madre. Al oír la nueva dichosa de que iría Julia á visitarlas al Parque verde, movieron suma gritería por el júbilo y las felicitaciones, festejando á miss Julia con sus caricias ingenuas, y enroscándose á su cuello. Julia dió un beso á cada una. Por ello la buena madre se derretía y derramaba lágrimas de gratitud. Tomó á Julia de la mano, y acercándola luego á su corazón:—Ven, dijo; si me visitas en Inglaterra, pues tienes tan buen corazón para mis hijas, te prometo que hallarás en mí lo que acaso te falta: un corazón de madre.

—¡Lo necesito tanto! exclamó Julia. ¡La que yo llamo madre no lo es!

Mistress Needle, al oír estas frases, y sobre todo el hondo suspiro que furtivamente las acompañaba, se confirmó en su sospecha de que la pobre Julia no estaba

exenta de dolores domésticos, por culpa de su madrastra. Sin embargo, no quiso saber más. Sólo se atrevió á pedir que la joven fuese con ella á casa de un fotógrafo, y lo consiguió: hizo allí que formasen un grupo común; Clara y Clemencia juntas al lado de su madre, y ella en actitud de estrechar la mano de su amiga.

Después de lo cual apresuró sus aprestos de viaje. No podía detenerse más. Cartas apremiantes llegaban todos los días de Londres y del castillo del campo, en las cuales le advertían que las disputas aumentaban en su parroquia, por las disensiones del cura con los parroquianos. En su virtud, mistress Needle ardia de celo á fin de acudir al sitio, estudiar los males, ver quién tenía derecho y quién no, remediar, en fin, los desórdenes ántes de que siguiese alguna ruina escandalosa. El conde de los Laureles y su hija fueron á la estación con ella, despidiéndola con tantas muestras de amistad, que la protestante llevó consigo la esperanza de volverlos á ver dentro de pocos meses.

Mas ¡ay! muchas veces las esperanzas se convierten en tristes ilusiones.